

La comunicación política del Presidente Clinton. El discurso del estado de la Unión de 1998

Political communication
of President Clinton.
The 1998 state of the
Union speech

RESUMEN

Clasificación JEL:

M37, M38

Palabras clave:

Presidente. Clinton.
Retórica. Política.
Marketing.
Comunicación

El objeto de este artículo reside en el estudio de la retórica política ejercida como marketing por parte del Presidente Clinton; en especial, la investigación se centra en el importante discurso del Estado de la Unión de 1998, donde Clinton realizó una verdadera obra maestra de retórica política, a pesar de las enormes presiones a su alrededor. Las técnicas y los recursos empleados por el Presidente explican su éxito en el ámbito de la comunicación política, con un sustancial enriquecimiento en perspectiva y contenidos.

ABSTRACT

JEL Classification:

M37, M38

Key words:

President. Clinton.
Rhetorics. Politics.
Marketing.
Communication

The aim of this paper lies in the study of political rhetoric implemented as a marketing action by President Clinton, in particular the research focuses on the relevant speech of the State of the Union in 1998, where Clinton made a true masterpiece of rhetorical power, marking the beginning of the end in the campaign against the President. The techniques and resources used by Clinton explain his success in political communication, with a substantial enrichment in perspective and contents.

1. Introducción

Las ideas de Bill Clinton acerca del “network marketing” han contribuido a expandir una materia ya de por sí feraz en su producción. Sin embargo, resulta pertinente realizar una prospección de las fuentes primigenias que cuajaron y galvanizaron la comunicación política de Clinton, siendo la consecución de resultados su particularidad distintiva. El Presidente buscó la utilidad en la implementación de la acción gubernamental. Esa vocación empírica fue particularmente meritoria en un profesional de sólida formación universitaria (Georgetown, Oxford), imbuido, además, por el conocimiento de los clásicos. Clinton aprendió de la experiencia, por supuesto, así como de la cultura. Ambas dimensiones—que en su universo conceptual son ámbitos complementarios entre sí, no en oposición inevitable—le hicieron madurar en política. Ésta emergía para él como un organismo que necesita alimentarse de manera continua y voraz, al tiempo que fagocita todo aquello que devora en su apetito insaciable. Ideas y hechos; la teoría que brota, casi a empujones, de la vida. El paradigma es el cambio en sí mismo; la exigencia de adaptarse a las circunstancias, por variables que fueren, era parte consustancial a la psicología política de Bill Clinton. La transmutación operada en su visión del marketing político, erigió a Clinton hasta la categoría de estadista.

Cada vez que afronta desafíos crecientes, un Presidente queda impelido al objeto de acrecer para sí las cualidades que Bolingbroke asignó al mito del Rey Patriota¹. Y es que, como afirma Sichel, ese líder moral y director político estaba llamado a ejercer tanto de intérprete como rector

de la nación². El Jefe del Estado o de la ejemplaridad ética vivificada en el Buen Gobierno de cada día. He aquí el secreto de un mandatario democrático que pretenda lacrar con el sello de la Historia la impronta de su obra constructiva, evitando la tentación de sucederse a sí mismo en términos narcisistas (esto es, no dejar un liderazgo resolutivo que pueda continuar la tarea, no incurrir en el defecto de ningunear cualquier posible alternativa del mismo partido político, prefiriendo incluso la victoria de los antagonistas). La capacidad de generar excelencia profesional y calidad directiva a su alrededor es otra característica definitoria de un líder empático. Que Clinton fuera capaz —o no— de resistirse a la inacabable espiral del poder, es un hecho que, todavía hoy, se mueve en la nebulosa de la duda; sus postreras desavenencias en la Casa Blanca con Al Gore (hasta concluir en la insólita elección presidencial de 2000). Un enigma político difícil de desvelar, aun cuando no resulte siquiera pertinente al objeto—concreto, definido, con sus perfiles y límites— de este trabajo. Parece claro, sin embargo, que en su actuación como Presidente, Clinton tuvo momentos de luces y sombras, con aciertos notables (mayormente, en su política económica y en el campo diplomático), junto a varias crisis y algunos fracasos con desigual recorrido.

2. La conformación de un discurso asertivo.

La etapa formativa de Clinton fue extensa y de calidad. Tanto Georgetown como Oxford marcaron su aprendizaje académico, pero también retórico. Las materias estudiadas le familiarizaron con las teorías políticas y la obra de autores clásicos. Sin embargo, el conocimiento empírico de

1 Bolingbroke, 1965. Sobre la influencia de Bolingbroke en la institución presidencial, véase de Ketcham, 1984, p. 62.

2 Sichel, 1968, p. 367.

la actividad política, ya como postgraduado, le significó una revisión completa de sus presupuestos intelectuales al respecto. El entonces joven titulado comprendió el papel de la voluntad para acometer –y coronar– una empresa política, así como el valor de la proximidad a la hora de rentabilizar el potencial inherente a todo entorno electoral. Se vota lo que se desea, pero también lo que se necesita en cada momento. De ahí la utilidad que para un candidato posee el tener conciencia de las expectativas de sus ciudadanos. El político debe avanzar hacia sus iguales, a los que sirve, adoptando sus posiciones, compartiendo sus emociones.

Su carrera como asesor de campaña y, luego, su elección en 1979 como gobernador de Arkansas, demostró una genuina perspicacia a la hora de moverse en la arena política; sin embargo, fue con motivo de su pérdida de la gobernaduría de Arkansas en 1981 cuando Clinton inició una auténtica catarsis política que desembocó en su exitosa resurrección electoral en la siguiente convocatoria, recuperando así la magistratura en 1983. El interim de enero de 1981 a enero de 1983 sumió a Clinton en un profundo proceso de reflexión sobre los errores cometidos, y la mejor manera de proceder a la subsanación de los mismos. A partir de ahí, Clinton fue enriqueciendo una metodología de poder que se basaba en elementos de enorme sencillez –y extraordinaria eficacia–. Un sincretismo ideológico que asumía sin prejuicios toda idea –incluso procedente del conservadurismo social– que resultase positiva para la comunidad, un rigor presupuestario habilitante de superávit fiscal, una contención de los impuestos, impulso a la iniciativa empresarial, fuertes políticas sociales, programas de implementación de la igualdad legal, un Estado de fuerte musculatura y moderado tamaño, una

acción pública plenamente eficaz y a un coste mínimo, mayor exigencia –y control– a los responsables de la Administración Estatal, una receptividad plena hacia las demandas de los ciudadanos, etc. Lo mejor de cada tradición ideológica del país, bajo el manto posibilista de un liberalismo social conscientemente integrador y difuso. El gobernador Clinton revalidó cómodamente su mayoría a partir de 1983. Esa etapa en Arkansas resultó decisiva para configurar su programa sincrético y, más tarde, su praxis institucional. Un centrismo progresista y también posibilista, con influencias de la Third Way y de corrientes incluso diferenciadas del Partido Demócrata. El Gobernador Clinton ya fue calificado como “new Democrat”, por su inteligente defensa de un Estado del bienestar y una menor intervención del Estado. De hecho, Little Rock significó la consagración de un estilo de hacer política, que trascendía las fronteras de los intangibles con la finalidad de que el Presidente alcanzase la categoría totémica demandada por el sistema político norteamericano. Lo importante es que los resultados a conseguir (y los medios para lograrlos) sean positivos para la sociedad, no necesariamente coherentes en sentido doctrinal. Clinton fue desprendiéndose de los dogmatismos –ideológicos u otros– conforme avanzaba posiciones en el tablero del poder.

En su discurso sobre el estado de la Unión, en 1998, el Presidente tuvo que afrontar un creciente deterioro en su status político, debido a contrariedades emergentes dentro y fuera del Congreso. De ahí que Clinton iniciase esta alocución desde un tono inusualmente serio, lejos del habitual toque de humor que, al inicio de sus discursos, permitía relajar –y motivar– a un auditorio devocional. La seriedad del tono, por tanto, marca una parte de la intervención, que expresa

la gravedad del momento histórico y busca la co-responsabilidad de los parlamentarios. Todo nuevo sacrificio deberá fundarse –y legitimarse– en el bien general encarnado por la sociedad civil. Por ello Clinton defiende un mensaje de lineal profundidad ética, expresado, además, con un hábito de medida solemnidad; *no malograr lo conseguido hasta ahora y, sobre todo, perseverar en la dirección correctamente emprendida de prosperidad económica y bienestar social*. La habilidad de Clinton le hacía ir más allá de la simple enumeración de justificaciones técnicas; su argumentario aportaba, efectivamente, razonamientos también de índole operativa, pero la motivación de la parte “técnica” de su discurso público recaía en un argumentario basado en la moral del bien y el idealismo político. El Presidente era en el imaginario popular el habilitador del acceso al “American Dream” para la sociedad.

“Our policy is clear: No nation can recover if it does not reform itself. But when nations are willing to undertake serious economic reform, we should help them do it. So I call on Congress to renew America’s commitment to the International Monetary Fund. And I think we should say to all the people we’re trying to represent here that preparing for a far-off storm that may reach our shores is far wiser than ignoring the thunder till the clouds are just overhead”³.

La recia solemnidad de 1998 supura las heridas infligidas a un Presidente denostado por sus adversarios: la naturaleza histórica que Clinton desea imprimir a ese momento era, también, una necesidad política. En prevención de un cli-

ma potencialmente hostil y para ganar cierto apoyo (o tiempo) entre los congresistas, aperturando así una posible corriente de empatía hacia las bancadas parlamentarias, el Presidente rindió homenaje póstumo a dos parlamentarios recientemente fallecidos. El reconocimiento a los difuntos sustituyó al humor para los vivos en un discurso calculado al milímetro, donde hasta la naturalidad es un efecto buscado. Lograr la introducción de elementos cohesivos en la retórica era un ejercicio indispensable para transmitir una imagen de unidad. Ni siquiera en el período más crítico del “escándalo Lewinsky”, el Presidente nunca incurrió en la típica equivocación del maniqueísmo; en vez de eso, y tras superar los errores tempranos resultado de haber negado lo evidente, Clinton ofreció de sí una estampa profesional de alta vocación de servicio, al tiempo que su humana debilidad le hizo pecar, de lo cual se hallaba arrepentido. Un marketing basado en reforzar los puntos fuertes (el estadista que se ofrenda al pueblo), y la inversión de las flaquezas: el Presidente aparecía como un hombre contrito de su relación “inapropiada”, mostrando así su capacidad de regeneración, al tiempo que conectaba empáticamente con el ciudadano medio que podía comprender errores cometidos en el ámbito privado. Clinton separó su vida personal de su función institucional, confiriendo profesionalidad a ésta y privacidad a su relación conyugal. La iniciativa como atributo del líder fue explotada por Clinton de manera eficiente y, en ocasiones, hasta excesiva. La búsqueda de la dimensión mayestática que otorga la consagración institucional debe coronarse –en el imaginario proveído por el presidencialismo– con capacidad operativa. El Presidente como motor de los cambios que necesita el sistema político, la Administración Pública, el propio país. Ante el

3 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

cercos a que fue sometido durante su mayor crisis institucional, la socialización de los programas gubernamentales (lo que se hace a favor de la sociedad desde la Casa Blanca) se erigió en baluarte inexpugnable de Clinton. A tal efecto combinó –aún irregularmente– el idealismo pragmático tantas veces encarnado por el Presidente, pero que ahora se trocaba en consecución de una pretendida armonía, a su vez reequilibrada por él, a su vez compensada por el sentido de la oportunidad. Su manera de resistir los embates más terribles de la investigación de Kenneth Starr y de la prensa, fue particularmente representativa de una visión personal que unía la suerte política al cultivo de la amistad. El Presidente apeló al derecho a su intimidad (“se trata de un asunto privado”), a su naturaleza intrínsecamente moral (“soy buena persona”), después de que los primeros parapetos fuesen rebasados por la avalancha mediática. De ahí surgió la estrategia de presentarse como víctima de una conspiración que pretendía la usurpación de la voluntad democrática expresada por la ciudadanía.

“As a husband, I had done something wrong that I needed to apologize and atone for; as President, I was in a legal and political struggle with forces who had abused the criminal and civil laws and severely damaged innocent people in their attempt to destroy my presidency and cripple my ability to serve”⁴.

3. La empatía como procedimiento.

Y es que Clinton pretendía la inteligencia con el pueblo, no la justificación de sus actuaciones polémicas. Se trataba de circunscribir a sus justos términos lo que era, de facto, un adulterio cometido en la Casa Blanca; una declaración im-

plícita al respecto dejaría sin argumentos políticos a los detractores del Presidente. Así fue; se trataba, entonces y ahora, de conceder algo para mantener incólumes las restantes funciones. Pero llegar a esa táctica requirió por parte de Clinton demasiado tiempo. De haberla aplicado al inicio mismo del estallido de las primeras informaciones sobre el caso, Clinton habría ahorrado al país, habría ahorrado al país una sucesión en cascada de crisis institucionales y parlamentarias. Sin duda, el “caso Lewinsky” constituyó la fuente mayor de erosión política para la Administración de Clinton, así como también significó un cuestionamiento de su misma función presidencial. Una vez adoptada la correcta toma de decisiones, pudo implementarse desde la Casa Blanca la narrativa política de un Presidente que emerge como gobernante sabio en sus juicios, honrado en el trabajo, abnegado en sus tareas, y que reconoce –subsanándolos– los errores que comete. El acierto de Clinton, más allá de esa ficción presidencial que tan rentable le fue, residió en presentarse como figura sostenedora del equilibrio entre ideologías, credos y posiciones. Aquí también, Clinton hizo suya la teoría aristotélica del término medio, situándose como figura intermediadora entre unos y otras... para consolidar, así, su preeminencia en tanto icono. El Presidente eludió separar ni clasificar a sus conciudadanos entre “buenos” y “malos” según estuviesen a su favor o en su contra; al contrario. Clinton reforzó su vocación de transversalidad, evitando en todo momento ser arrinconado en brazos de unas minorías fanáticas de acólitos; la apertura de Clinton hacia la sociedad tuvo lugar incluso durante la peor etapa de la investigación de Kenneth Starr, cuando los ataques arreciaban por doquier. Un líder, para sobrevivir, debe estar –y debe saber estar– en todo

4 Clinton, 2004, p. 776.

ámbito que le granjee apoyo y, cuando menos, presencia. Clinton evitó el aislamiento ideológico tanto como procuró brindarse a favor de una sociedad, a la que servía en su conjunto, sin distinciones de filiación política. Y esta imagen de cohesión, de entrega, se transmutaba en discursos que ofrecen una progresiva inhibición de elementos digresivos, quedando opacadas las rupturas de la línea narrativa principal, mediante la sublimación de cualquier eventual interrupción o divagación. Semejantes partículas tóxicas comportarían una desnaturalización de la asertividad presidencial. Claridad, incluso frontalidad, en mensajes que se transmiten de manera completa, cuya redondez expresiva dejaba escaso margen para la interpretación sesgada. En coherencia con lo anterior, al mismo tiempo se fomentan las estructuras totalizadoras de integración del auditorio, donde términos como “all”, “people”, “us”, “our” o “we” se acaban imponiendo por derecho propio. Clinton como arquitecto del “American Dream”.

“Since the last time we met in this Chamber, America has lost two patriots and fine public servants. Though they sat on opposite sides of the aisle, Representatives Walter Capps and Sonny Bono shared a deep love for this House and an unshakable commitment to improving the lives of all our people. In the past few weeks, they’ve both been eulogized. Tonight I think we should begin by sending a message to their families and their friends that we celebrate their lives and give thanks to their service to our Nation”⁵.

5 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu

Clinton aplicó unas pautas a este discurso que le confirieron singularidad y empaque; el inicio fue ejecutado para subrayar ese rasgo: “*For 209 years, it has been the President’s duty to report to you on the state of the Union*”⁶. Tampoco falta la mención al hito milenarista, que a Clinton le facilitó proyectar su retórica hacia el futuro; ese porvenir que el Presidente administra para el pueblo de Estados Unidos. “*But with barely 700 days left in the 20th century, this is not a time to rest*”⁷. En un ejercicio de eclecticismo dialéctico, el Presidente abrió el arco de las referencias simbólicas encargadas de activar lo positivo tanto como lo factible. La habilidad de Clinton reposaba en su dispensación de idealismo y pragmatismo en la misma prescripción. Además de que el uso de la Historia como fundamento prístino de reconocimiento, junto a la sociedad y la democracia en cuanto fuentes de legitimidad destinadas a expandirse en Estados Unidos durante el nuevo milenio, permitían al Presidente operar un discurso político casi imbatible, donde los truculentos límites entre presente y futuro quedaban conscientemente diluidos en una amalgama temporal de expectativas que Clinton gobernaba cual nave en alta mar. La idea metafórica de travesía en pos de nuevos descubrimientos fue una sombra inherente a la retórica presidencial que, también, impulsaba la imagen del pueblo estadounidense embarcado en prosecución de felicidad y bienestar.

6 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu

7 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu

El descanso del guerrero. En este discurso, Clinton realizó también un balance de su etapa como Presidente. Y sí, finalmente, con las tareas ya resueltas, el mandatario prospectaba su lugar en la Historia nacional. Un emplazamiento que el orador eludió reclamar planteando desafíos frontales, pero sí con la exposición de la buena labor ejecutada durante sus dos mandatos. El Presidente sustentó sus afirmaciones en datos contrastados y fácilmente asimilables. El valor del ejemplo, la efectividad de la proximidad, la consistencia de la metáfora. Clinton prescindía de las cifras más complicadas, apuntalando su discurso sobre denotaciones informativas de inmediata interiorización por parte de la audiencia. El Presidente centraba su técnica en la transmisión de hechos con un fuerte marchamo simbólico: “el primer presupuesto equilibrado en 30 años”, un logro conseguido “cuatro años antes del calendario previsto”, etc. La selección de la información a manejar resulta esencial para ofrecer la imagen de autenticidad que Clinton necesitaba para sí; a tal efecto, mejor podían servir datos básicos que elaborados cálculos cuya pormenorización conllevaría la exhaustividad aritmética o el aburrimiento general. El rigor y la coherencia deben plasmarse desde la eficiencia en la comunicación política; pues aquello que no llega a la sociedad, no existe para ésta.

“When I took office, the deficit for 1998 was projected to be \$357 billion and heading higher. This year, our deficit is projected to be \$10 billion and heading lower. For three decades, six Presidents have come before you to warn of the damage deficits pose to our Nation. Tonight I come before you to announce that the Federal deficit, once so incomprehensibly large that it had 11 zeros, will be, simply, zero. I will submit to Congress for 1999 the first balanced budget in

30 years. And if we hold fast to fiscal discipline, we may balance the budget this year -4 years ahead of schedule”⁸.

4. La desactivación, o asimilación, de los oponentes.

Al mismo tiempo, el Presidente aprovechó la coyuntura para lanzar guiños a la oposición republicana, utilizando un lenguaje deliberadamente conservador en las formas para expresar una idea primigenia en la cultura política nacional⁹. También aquí, Clinton aunó lo social con lo nacional, la responsabilidad a la identidad. Conservadurismo y social-liberalismo; el Presidente funde entre sí los dos elementos básicos y apuesta por el futuro. Una ecuación programática que, de acuerdo a su retórica, no puede segmentarse a trozos; los norteamericanos están vinculados con unos ideales (a mayor o menor intensidad según el credo político de cada uno), de la misma manera que también se hallan preocupados por lo que ocurre allende sus fronteras. En esa línea, de reunir posiciones divergentes, de conciliar espacios que gravitan en órbitas separadas, el Presidente afirma que “*this is a grand achievement, the sum of many acts of individual courage, persistence, and hope*”¹⁰; inmediatamente después,

8 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

9 “A strong nation rests on the rock of responsibility. A society rooted in responsibility must first promote the value of work, not welfare. We can be proud that after decades of fingerpointing and failure, together we ended the old welfare system. And we’re now replacing welfare checks with paychecks”, Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

10 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American

Clinton expone un caso individual, anónimo, de ejemplaridad humana; se busca así la perentoria cercanía sentimental, valiéndose para ello de la acción solidaria de una persona incorporada al discurso presidencial para ejercer la magnética función de la identificación empática entre la audiencia.

“For 13 years, Elaine Kinslow of Indianapolis, Indiana, was on and off welfare. Today, she’s a dispatcher with a van company. She’s saved enough money to move her family into a good neighborhood, and she’s helping other welfare recipients go to work. Elaine Kinslow and all those like her are the real heroes of the welfare revolution. They are millions like her all across America. And I’m happy she could join the First Lady tonight. Elaine, we’re very proud of you. Please stand up”¹¹.

En base a un caso singular, enteramente desprovisto de pulsiones ideológicas, Clinton arranca el primer aplauso para su discurso. Y lo consiguió suscitándolo por vía indirecta en su discurso sobre el Estado de la Unión potencialmente más tenso. El primer aplauso estaba llamado a ser el más difícil. El recurso a la figura de un ciudadano ejemplar no es nueva, pero –una vez más– el Presidente supo capitalizar a su favor este aporte de prestigio. Cuando no puede conseguirse rentabilidad política, debe buscarse la institucional. Clinton ejerce la primera magistratura simbólica y ética del país, no sólo su Buen Gobierno; ello concede dividendos en ámbitos distintos, pero

Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

11 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

también impone metas y exigencias de forma compulsiva. En un momento de la alocución, el Presidente implica y seduce al Congreso, usando como punto de enganche el protagonismo que podrían adquirir las cámaras parlamentarias de adoptar la política auspiciada por la Casa Blanca. Aquí, de nuevo, Clinton juega la carta de la rentabilidad institucional por encima de la política. Si el Congreso aprueba la medida, será entendido como un éxito del Presidente, no tanto del Partido Demócrata ni de sus líderes parlamentarios. Y esto es precisamente lo que ocurrió.

“Let’s raise the price of cigarettes by up to a dollar and a half a pack over the next 10 years, with penalties on the tobacco industry if it keeps marketing to our children. Tomorrow, like every day, 3,000 children will start smoking, and 1,000 will die early as a result. Let this Congress be remembered as the Congress that saved their lives”¹².

5. Heroísmo cívico y simbolismo ético.

El segundo aplauso se produce cuando el Presidente invita a levantarse ante la reunión conjunta de las dos cámaras al sargento Michael Tolbert, cuya labor en la antigua Yugoslavia era puesta de modelo¹³. Clinton manifestaba su pericia para gestionar situaciones difíciles: en plena crisis del “caso Lewinsky”, una alocución descollante del Jefe del Estado se convertía en un tributo a ese

12 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

13 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

ciudadano medio que puede identificarse (y/o emocionarse empáticamente) con los gestos de valor y responsabilidad de los invitados a tan magno acontecimiento. Esa búsqueda de afinidad con el auditorio —no sólo el que está representado por el Congreso, sino todo americano que se sienta impulsado al patriotismo cívico que destilan las palabras presidenciales— demuestra el dominio de Clinton para distribuir mensajes a tres niveles: político, mediático y público. Diferentes dimensiones que aparecen en un mismo discurso; Clinton logra su integración mediante el uso de una línea argumental que atiende a los deseos inmediatos de cada segmento. A los políticos, les concede un protagonismo relevante —aunque retórico— junto al Presidente; a la prensa, le da titulares de primera línea, recuperando así la comunicación política de Ronald Reagan que brindaba a los medios noticias ya elaboradas. Por su parte, a la opinión pública otorga el tercer trozo del pastel de manzana: el sueño americano como factor de cohesión social, enriquecimiento democrático e identidad nacional.

En ese sentido, Clinton establece una nítida identificación con el ciudadano medio: *"like every taxpayer. I'm outraged by the reports of abuses by the IRS"*¹⁴; inmediatamente después, el Presidente formula una serie de medidas específicas para solventar este supuesto de mala administración. Al objeto de ganar apoyo entre las filas republicanas usa —y funde en un mismo argumento— dos mensajes a los que los diputados conservadores son particularmente sensibles: el patriotismo nacional y el recorte presupuestario. Además, Clinton aprovechó para expresar su apoyo al Re-

presentante McCain, ya entonces un emergente republicano cuya autonomía podía generar problemas a la dirección del partido.

"Our Founders set America on a permanent course toward a more perfect Union. To all of you I say, it is a journey we can only make together, living as one community. First, we have to continue to reform our Government, the instrument of our national community. Everyone knows elections have become too expensive, fueling a fundraising arms race. This year, by March 6th, at long last the Senate will actually vote on bipartisan campaign finance reform proposed by Senators McCain and Feingold. Let's be clear: A vote against McCain-Feingold is a vote for soft money and for the status quo. I ask you to strengthen our democracy and pass campaign finance reform this year"¹⁵.

Clinton maneja con maestría las series binarias de ideas y las concomitancias derivadas de aquellas; la puesta en práctica del idealismo compartido a través de la política de su Administración. El diseño de aportación a la Historia nacional se basa en el acervo de valores y creencias atesorado, pergeñado desde los Padres Fundadores¹⁶. El Presidente demostró agilidad mental a la hora de integrar en su marketing político

15 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

16 "The Founding Fathers were as smart a group of people as we ever got together in this country. And the seminar they had on how to get things done, which produced our Constitution, was just about as good as any we've ever attended. And when they conceived of the States as laboratories of democracy, they intentionally thought of a scientific model in which people would learn from one another what works and then build on it". Clinton, W. J. (2004, 16 de mayo). *Remarks on Goals 2000 Legislation*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 30 de enero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

14 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

—no sólo de manera retórica— lo que ocurre a su alrededor. Así, podía afirmar que “*at least equally important, we have to address the real reason for the explosion in campaign costs: the high cost of media advertising*”; entonces, se producen sonidos que el cronista recoge como “*audience members responded*”, a lo que el Presidente, ipso facto, en un acto de apropiación mimética, decide incorporarlo a su discurso: “*to the folks watching at home, those were the groans of pain in the audience*”¹⁷. Esto provoca las primeras risas entre el selecto auditorio. Finalmente, Clinton lo ha conseguido: romper el muro de hielo que le separaba de la mayoría del Congreso. Va ganando y lo hace abriéndose a la audiencia, no acantonándose en posiciones cerriles, sino modulando un discurso integrador para todos, asimilando incluso cualquier posible variable crítica que pudiera surgir.

6. Una metodología ordenada, un mensaje claro.

La técnica del “at the same time” puede definirse como el desarrollo práctico de la imagen del estadista que rompe los tópicos, aunque siempre de forma constructiva y moderada, al objeto de producir Buen Gobierno, esto es, una alternativa pretendidamente mejor. Se trata de un instrumento que tiene un potente recorrido visual, aún cuando dependa del tacto y de la competencia de quien lo ejerza. En esta línea, Clinton recurría a planteamientos dicotómicos —que no maniqueos— para clarificar la relación de fuerzas (argumentos técnicos y morales) sobre cuestiones de interés público. La atracción irresistible de su optimismo, hacía del Presidente un vector de

progreso ético en sí mismo; su discurso contenía siempre un diagnóstico de la realidad proyectado hacia el futuro... basado en hechos presentes y logros coetáneos. Paso a paso. El gradualismo como experiencia democrática.

“Every time we have acted to heal our environment, pessimists have told us it would hurt the economy. Well, today, our economy is the strongest in a generation, and our environment is the cleanest in a generation. We have always found a way to clean the environment and grow the economy at the same time. And when it comes to global warming, we’ll do it again”¹⁸.

Por otra parte, Clinton también utilizaba el mensaje de la utilidad y la democracia al servicio del interés general. Ello significa disponer de argumentos de reserva que se distribuyen durante la exposición para consolidar puntos de relevancia¹⁹. Un discurso de altura moral requería siempre, de la mano del Presidente como inspirador Rey Patriota, de un colofón digno de los altos sentimientos que motiva. Un epílogo de calidad que insufla gloria y solemnidad a partes iguales. Esta apelación postrera hacía las veces de reivindicación depurada del idealismo pragmático que Clinton personificaba. Soluciones provistas de un optimismo antropológico atem-

17 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

18 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

19 “As important as all this scientific progress is, we must continue to see that science serves humanity, not the other way around. We must prevent the misuse of genetic tests to discriminate against any American. And we must ratify the ethical consensus of the scientific and religious communities and ban the cloning of human beings”. Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

perado, además, por un exigente sentido de la responsabilidad.

“I ran for President because I thought the country was going in the wrong direction economically and because I thought we were coming apart when we ought to be coming together. I think we’ve done a good job of beginning to change economically. And I can’t make us come back together all by myself. This has got to be a deal we do together. I am not giving you a bunch of negative talk. I am a congenital optimist. But I don’t believe public officials seize the public interest by giving happy talk when hard news is called for or by using tough facts to divide people instead of unite them”²⁰.

El impulso hacia la eficiencia se erigió también en un vector indispensable para la implementación de la política presidencial. La culminación de un programa gubernamental debía coronarse siempre al servicio de la sociedad, mediante la distribución de dividendos que optimizasen la inversión realizada. Se gobierna para conseguir resultados positivos; y éstos se reparten de manera ética y prudente. Incluso en los momentos de mayor zozobra emocional, cuando el país entero sufría la conmoción de un espantoso crimen, el Presidente confortó a una sociedad doliente, al tiempo que proveía esperanza en las tinieblas. Luz en la oscuridad; solidaridad entre todos.

“We may never know what drove the son of a respected church elder to extinguish the lives of classmates bowed in prayer. But in the aftermath

we’ve seen great heroism, generosity, and love: a courageous act by a classmate to head off more violence, an outpouring of understanding for the sister of the alleged killer, the donation of organs for patients desperately in need, an entire nation reaching out in support. One terrible act could not poison the deep well of goodness West Paducah has drawn upon in this moment of grief”²¹.

La habilidad para adaptarse a nuevas situaciones, colmatando las venideras crisis y afrontando los crecientes problemas desde una actitud resolutiva. El instinto de superación era una constante en el discurso de Clinton. El ciudadano humilde hecho a sí mismo, tras una vida de trabajo profesional y esfuerzo personal, tenía en el mandatario a un practicante contumaz. Porque Clinton aportaba una coherencia paladina a su marketing político en cuanto ejercitaba lo que creía, y viceversa; ello sin desmerecimiento a su capacidad de adaptación al cambio, que siempre era argumentado de manera asertiva. Sin embargo, su astucia innata le hizo preferir el manejo de ejemplos individuales: personas sencillas, historias extraordinarias, comportamientos impecables. Esto fue prevalente en su discurso por encima de hechos extraídos de su propia experiencia (una carrera de obstáculos donde se sortearon dificultades para otros en verdad invencibles. En esa línea, Clinton forjó su propia narrativa presidencial, con relatos epónimos y mensajes sincréticos. Se trataba de llegar al pueblo, con casos cercanos que provocasen una inmediata identificación. La empatía tiene fundamen-

20 Clinton, W.J. (1993, 13 de diciembre). Remarks at a Fundraiser for Senator Daniel Patrick Moynihan in New York City. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

21 Clinton, W. J. (1998, 16 de mayo). Interview With Prime Minister Tony Blair of the United Kingdom by David Frost of the British Broadcasting Corporation in Weston-under-Lizard, United Kingdom. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

tos en creencias, emociones, datos e ideas, pero también se nutre de algunos mitos y no pocas expectativas.

“I ask all Americans to support our project to restore all our treasures so that the generations of the 21st century can see for themselves the images and the words that are the old and continuing glory of America, an America that has continued to rise through every age, against every challenge, a people of great works and greater possibilities, who have always, always found the wisdom and strength to come together as one nation to widen the circle of opportunity, to deepen the meaning of our freedom, to form that more perfect Union. Let that be our gift to the 21st century”²².

La insistencia presidencial sobre la calidad no era baladí. Clinton subrayaba así su compromiso de futuro hacia las jóvenes generaciones, al tiempo que premiaba a los norteamericanos laboralmente activos con un reconocimiento a su alta profesionalidad. El Presidente como dispensador de honores y vertebrador de hechos; otorgó satisfacción personal a unos, y esperanza de futuro a otros. Clinton reactivó el axioma de que las personas deben ser recompensadas no únicamente en lo material. El agradecimiento al trabajo bien hecho, el elogio público sobre la tarea desempeñada, el aplauso civil encabezado por el Presidente, eran elementos clave que, de manera calculada y efectiva, pueblan su retórica política, siempre atenta a la motivación positiva del auditorio. El optimismo de que hacía gala Clinton se basaba en la conjunción ponderada de ideas que

transmitía al público; el Presidente aparecía como la encarnación del “positive thinking”, sobre todo cuando se realizaban llamamientos a la responsabilidad colectiva.

“You have to be prepared for the pain and the pleasure. You have to adjust your expectation so that you don't get cheesed off when it is being, and don't explode with pleasure when it is too exciting for words”²³.

La metáfora tenía una derivación previsible: el aprendizaje debía ser permanente a lo largo de la vida. Y un Presidente atento a las necesidades de su país debe estar preparado para cualquier nueva eventualidad. El reciclaje profesional, con independencia de la categoría laboral, reporta efectos positivos en la valoración de la democracia como sistema político plural, casi amfructuoso, que necesita de la renovación permanente en sus cuadros, dirigentes e ideas. La conversión de los frutos de la investigación en dividendos tangibles que se uniesen a la productividad general, era para Clinton un objetivo priorizado desde su visión empírica de la política. La transformación de lo difuso en concreto, esto es, mutar las tendencias de las encuestas de opinión en programas de gobierno; he aquí la actitud que busca y los hechos que provoca. El aprendizaje se convirtió, en las dúctiles manos retóricas de Clinton, en un instrumento diseñado para lograr el éxito político y electoral. Aprendemos de cada momento, circunstancia y hecho que conforma nuestra vida. Y un líder no puede ser una excepción. Su receptividad ante las propuestas e ideas ajenas procedía de una actitud de respeto formal hacia criterios diversos –o afines– al suyo. Clinton sabía de la necesidad que todo político tiene de

22 Clinton, W. J. (1998, 27 de enero). *Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 24 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

23 Templar, 2005, p. 119.

concentrar en torno suyo un clima favorable al cambio, a la convergencia de posiciones políticas que pueden ser incluso contradictorias. El Presidente aparecía como una figura conciliadora entre posturas distintas, generando a su alrededor un espacio donde la inmensa mayoría del pueblo norteamericano pudiera sentirse cómoda. Un lugar bajo el sol para todos y cada uno de sus compatriotas; la “pax” de la civilización democrática. A favor de la vida, pero respetando el derecho a la libre decisión de la mujer. Amigo personal. Amigo personal y admirador declarado de la obra humanitaria de la Madre Teresa de Calcuta y, al mismo tiempo, defensor de aspectos que colisionaban abiertamente con la posición moral de la religiosa albanesa. Convivencia de credos y personas; democracia, en definitiva. Precisamente por ello, Clinton se esforzó en transmitir la idea –largamente madurada– de la necesidad de una mente abierta, y un corazón generoso, para aprender de cada uno de nuestros conciudadanos en cuanto buenas personas. Las celebridades relevantes y encumbradas por sus logros, pero también esos individuos particulares desconocidos pero dignos de un reconocimiento público por su valentía a la hora de afrontar los retos de una vida a veces adversa. Clinton rescató para su retórica política la noción de grandeza civil, como expresión de comunión social.

“So let us always remember that the truest measure of the Peace Corps’ greatness has been more than its impact on development. The real gift of the Peace Corps is the gift of the human heart, pulsing with the spirit of civic responsibility that is the core of America’s character. It is forever an antidote to cynicism, a living challenge to intolerance, an enduring promise that the future can be better and that people can live ri-

cher lives if we have the faith and strength and compassion and good sense to work together”²⁴.

7. La teoría brota de la experiencia.

La teoría política se demuestra en los hechos cotidianos; el conocimiento doctrinal es útil en la medida que pueda aplicarse a la gestión de los asuntos empíricos. Clinton se guarda de imponer teorías y prejuicios intelectuales sobre el día a día. De hecho, el principio rector sutilmente validado por Clinton residía en el carácter probatorio que tiene la vida, como manifestación pura de esa humana realidad que construimos a diario. Aquella teoría, o simple hipótesis, que carezca de virtualidad aplicativa debiera desecharse de manera frontal. La teoría surge de la realidad, no a la inversa. No debemos imponer a la existencia (es decir, a las personas) construcciones abstractas que carezcan de base empírica democrática. La política de la libertad sirve a los ciudadanos, no se sirve de ellos. Y los políticos de la libertad son eso mismo: servidores de la “democracia”. En buena lógica, Clinton desechaba toda interferencia sobre la acción política que proviniese de posiciones doctrinales rígidas. La praxis de los derechos, el servicio como entrega a la comunidad, entre otros, se imponían como criterio vector de la democracia.

“Because America was a realized utopia, it had no need of theories except and antitheoretical theory. Pragmatism, with its impatience with theory and affinity for method, emerged as the antiutopian ideology of a realized utopia, its true public philosophy in which the empirical beco-

²⁴ Clinton, W. J. (1996, 19 de junio). *Remarks on the 35th Anniversary of the Peace Corps*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 17 de enero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

mes utopianized rather than the utopian becoming empirically realized”²⁵.

En este contexto, el trabajo en equipo era un vínculo provisor de cohesión al marketing político del Presidente. Nuevamente, la metáfora como recurso alcanzaba en Clinton a un perspicaz usuario, capaz de lograr extender un sentimiento individual como si fuera una emoción compartida. El liderazgo emocional ejercido por Clinton tuvo su traslación en diversos ámbitos de actuación. En primer lugar, el Presidente practicaba una suerte de simbiosis entre sanación espiritual y terapia material. La política democrática emergía como la respuesta a ambas encrucijadas. La democracia hallaba justificación, apoyo y sentido en el bienestar integral de sus ciudadanos. Lo primero, siempre, es dar salida a los problemas. Liberar a los ciudadanos de las cargas que atenazan sus vidas, para permitirles dirigirse hacia metas y objetivos realmente motivadores. La tarea principal de un político es quitar piedras del camino por el que marcha la sociedad civil. Una labor necesaria, raramente agradecida, nunca reconocida, pero que, una vez transferida por Clinton al epicentro de su acción política, se convirtió en un hito contemporáneo de marketing institucional. De ahí la exhibición de habilidades interpersonales mostrada por el Presidente a la hora de organizar y planificar. En su retórica política, la calidad del análisis, la capacidad para la síntesis, el orden intelectual para establecer la jerarquía de ideas en cada discurso, eran manifestaciones de su dominio personal sobre los asuntos de la agenda, y la provisión de soluciones necesarias para cada uno. El manejo de la información no era suficiente en el tratamiento de un problema; además, en el go-

bernante se requiere de la facultad para discernir la solución correcta entre la maraña de opciones a considerar, la honradez indispensable para depurar su propia idea de cualquier posible error, y la voluntad de poner en práctica el resultado de ello.

Clinton se esforzó en relacionarse con los demás; ser un miembro de la comunidad, con tareas distintivas. La idea de familia permeaba su discurso. Ciudadanos de una demos unidos por lazos indestructibles de parentesco. De tal manera, además, que el Presidente aparecía como el epítome simbólico de la mayoría social formada por “otros” que, de hecho, son parte de cada uno de nosotros. Su compromiso en esta materia abarcaba conscientemente dos esferas: social y moral. La inter-actuación con grupos heterogéneos, incluso con personas conflictivas, significaba también la afirmación de un activo político de hondo calado. La opinión pública podía verificar que su Presidente era un negociador nato, capaz de logros extensibles al conjunto de la sociedad, donde otros sólo habían obtenido derrotas parciales. La decantación hacia los compromisos difíciles fue un acierto mediático de la Administración Clinton que, en poco tiempo, fue retribuida con una imagen de habilidad política, más allá de la diplomacia convencional; el “common sense”, nuevamente rehabilitado como concepto político operativo, aportó al Presidente un nexo vertebrador de su retórica política más depurada. Así, en los acuerdos de paz entre israelíes y palestinos de 1993, Clinton aparecía como el elemento de intersección entre ambas partes; esta fue la imagen proyectada al mundo, donde de forma anticipadora el Presidente se arrojó del espíritu de servicio como puente entre posiciones diversas. Un líder con aspiraciones a perdurar —en la política activa, en

25 Wolin, 2001, p. 363.

la memoria histórica— debe procurar la superación de las dificultades y la administración del cambio.

La cooperación es igualmente aprovechada por Clinton para hacer visible el icono de un equipo, de una sociedad, de un país que trabaja en prosecución del interés general. De ahí que Clinton, sin perder de vista su autonomía, optase por intervenir en contextos amplios y plurales, donde podía formular propuestas de mejoramiento en las condiciones de vida de sus conciudadanos, además de defender sus derechos e ilusiones. El Presidente ejercía su marketing político a la manera de un bálsamo social que restañaba heridas y procuraba alivio; la política como democracia salvífica. Las palabras curan a quienes las atienden. Tal principio ya fue establecido por Homero, y refundado en la figura heroica del refulgente monarca republicano. La influencia de la civilización greco-romana es, todavía hoy, significativa en la retórica presidencial. Las tentativas homéricas de convertir a Odiseo en un orador persuasivo triunfan unas veces, y fracasan otras. Pero siempre, en todos los casos, subyace una intencionalidad de emocionar, de empatizar, de explicar, sobre algo que afecta —aún de forma latente— a los concernidos.

“Así dije, tratando de calmarlos con mis suaves palabras, pero ellos quedaron en silencio”²⁶.

La asertividad era necesidad ineludible en la retórica política de Clinton. Éste comprendió —y practicó— que la implementación de un liderazgo exige de un Presidente la capacidad de afirmarse en el espacio público. El héroe cívico encarnado por el primer mandatario del país debe representar también las posibilidades, y ambiciones, de una sociedad civil que tiene la finali-

dad de prosperar. El enfoque aplicado por Clinton en el despliegue de su liderazgo se solapó con las competencias que Goleman ha perfilado sobre la base de la *inteligencia emocional*²⁷. El Presidente comprendió la importancia de lo emocional en la retórica política como elemento a la vez cohesivo e integrador. Confortar y dar respuesta a las grandes inquietudes del auditorio son también objetivos del Presidente. Ese universo de creencias puede ser mejor armado cuando el líder actúa con la necesaria ponderación de los hechos. Clinton dividía no entre lo bueno y lo malo, sino respecto de lo que era viable y correcto; cada decisión tocante a ello fue evaluada en su justa medida, sin triunfalismos ni lamentos que conduzcan a la euforia irresponsable o al desánimo general. La serenidad de espíritu, la ecuanimidad de los hechos, el equilibrio en la hora suprema de la decisión, como antídoto al carácter volátil de lo político o a la naturaleza ciclónica de la frágil psicología humana. Y, como siempre, Clinton trazaba una línea —clara, gruesa, inconfundible— entre lo que se debía hacer y lo que no. Cada cual puede rebasar el límite, pero ello cae en el ámbito de su responsabilidad personal. El Presidente cumple su deber informando de eventuales problemas y posibles soluciones; hechos, en definitiva, que, en ocasiones, dado el carácter tangencialmente manipulador del orador, llegaron a presentarse como una salida casi excluyente, contradiciendo así el núcleo duro de la Retórica presidencial. Y es que ni siquiera Clinton podía evadirse de las presiones de su entorno. Véase el tono casi militar de su intervención en Portland, Oregón, el 27 de junio de 1995, donde las ideas desfilan, una tras otra, con implacable disciplina, puestas ya en orden de batalla.

26 Homero, 2004, p. 186.

27 Goleman, 1996.

“We are here to, first of all review the facts about the region’s economy, the good things and the bad things, the barriers to progress, and the possibilities. We are here to determine the impact of the present policies of our administration on that and to get as many new, clear, specific suggestions as possible for where we should go together”²⁸.

Así todo, merced a su extraordinaria intuición, Clinton fue un solvente intérprete de la emotividad como producto electoral, aún cuando se trataba de una persona intelectualmente empática y mentalmente porosa, el Presidente atendía y escuchaba, pero siempre tomaba sus propias decisiones en marketing político. Su discurso público obedece a un estilo personal, sólidamente enriquecido con nuevas aportaciones y enfoques, pero siempre bajo su directo control. La capacidad de aprendizaje autónomo se manifestó en la existencia de un núcleo intelectual fuerte (argumentarios, replicas, ideas y emociones) que permitía al Presidente modular su discurso conforme lo exigieran las circunstancias.

8. El empirismo como política

Al mismo tiempo, la capacidad de análisis se erigió en elemento clave de la actividad pública de Clinton, convertido en un verdadero oráculo de Delfos en su demostrada habilidad para desenmarañar las cuestiones más complejas hasta lograr explicarlas, de manera sencilla, a un auditorio amplio y diverso. La pedagogía hacia el pueblo como fuente de respetabilidad institucional (se aprecia lo que se comprende), de rentabilidad electoral (se vota lo que se comprende) y de uti-

lidad presidencial (se valora lo que se comprende). El Presidente mostraba también un contenido respeto hacia sus interlocutores, incluso cuando actuaban como antagonistas políticos; fuera cuando le preguntaban por ellos, como al escucharles, Clinton jamás ofrecía maculas de urbanidad respecto de sus contendientes dialécticos. La buena educación era un deber inexcusable, no sólo hacia los restantes líderes parlamentarios (o cualquier dirigente o eventual interlocutor que pudiera tener) sino sobre todo a favor de los ciudadanos que pudieran ser votantes suyos. Es preciso no confundir el ataque a una idea o propuesta determinada, con la demonización de un líder y, por ende, de quienes le secundan. Se trata de ganar apoyos, no de perderlos.

Con mesurada habilidad, Clinton evitó aparecer como el único protagonista en sus eventos de marketing político. La suya era una escucha activa, atendiendo con especial cuidado las palabras de los otros, asintiendo o haciendo gestos pensativos indicadores de la reflexión, el vivo interés que suscita lo que escucha, mirando a los ojos de la persona que le habla (o, en su caso, de quienes le oyen). Intercambio en una vía de doble sentido. Saber escuchar es el primer paso para inspirar confianza y ganar credibilidad en un medio social. Clinton era un Presidente vocacionalmente empático, dotado para la retórica, la comunicación política y el marketing en el sentido democrático contemporáneo. Y ello sin necesidad de crear nada nuevo. Su acierto reposaba en la efectividad y simplicidad de la metodología ecléctica empleada: hacer una mixtura singularmente útil de la empatía y la mercadotécnica, de tal manera que el discurso político llegase con especial fluidez y eficacia.

Si el autocontrol fue rasgo de Clinton, también se distinguió por su destreza para esquivar

28 Clinton, W. J. (1995, 27 de junio). *Remarks at the Opening Session of the Pacific Rim Economic Conference in Portland, Oregon*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 1 de marzo de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

los temas más espinosos debía conjugarse con la prudencia a la hora de saber abordar únicamente aquello que fuese realmente importante para la sociedad, descartando lo accesorio o lo que pudiera ser fuente de división. Incluso el Presidente debía renunciar a sus prioridades personales en beneficio de los temas de verdadero interés para el país. El enfoque lo decidía Clinton, pero la agenda era suministrada por la sociedad. En la mejor tradición de aquel epicureísmo clásico –junto a otras corrientes de pensamiento– sobre el cual Jefferson modeló la institución, todo Presidente emergería también como un perenne titular de la serena plenitud –trasunto de felicidad– que tanto alabaron los romanos. Discursos pronunciados sin aspavientos ni alharacas, separándose de manera equidistante tanto de la facundia como de la iracundia. Una disposición retórica que transmita filosofía positiva–realizable– de lo que la vida significa y comporta para cada uno de nosotros. Estoicismo a través de la palabra.

“El sabio no se alterará por ninguna injuria, porque aunque sean entre sí diferentes, él los juzga semejantes a todos ellos por su igual necesidad. Porque si alguna vez se abatiese hasta alterarse con la injuria o el agravio, ya nunca podría tener seguridad: la seguridad es un bien inalienable del sabio. Nunca cometerá tal error, que vengándose de la injuria recibida, venga a dar honor al que la hizo”²⁹.

Cuando se planteaba un tema potencialmente controvertido y argumentalmente irrefutable, el Presidente eludía una confrontación directa para emplear otro recurso conocido en tiempos de Quintiliano, redefinido por Goleman en términos actuales:

“El líder siempre puede [...] escuchar con empatía, mostrar preocupación y hacer lo que esté en su mano para mejorar las cosas, lo cual, con independencia de que lo consiga o no, resulta emocionalmente beneficioso. Cuando el líder escucha los sentimientos de sus subordinados, les ayuda a metabolizarlos, de modo que pueden dejar de enfurecerse y seguir adelante”³⁰.

9. Y, siempre, el valor de la ejemplaridad.

La responsabilidad, su mostración, su difusión, fue un atributo en manos de Clinton. Todo político debe dar ejemplo, en sí mismo y para los demás, de un comportamiento impecable. Ser dueños de nuestros actos, asumiendo los propios errores, sin evadir nuestros deberes. Una actitud elusiva comportaría un perjuicio enorme, irreversible ya, de nuestra credibilidad ante la opinión pública. Si se incurre en una falta, si se comete una equivocación, ésta se asume, se reconoce y se hace propósito de enmienda; la asunción de la propia responsabilidad ante la opinión pública es el primer paso para la efectiva superación de un problema. De lo contrario, un pequeño asunto puede convertirse en un conflicto irresoluble. El sentido de la medida, de tanta pertinencia para Clinton, se transmutaba en su apreciación del equilibrio (dar algo, si no todo, a cada parte de un auditorio, por ejemplo). El valor de la proporcionalidad; el líder como elemento central, vertebrador, en un proceso dispensador de honores y funciones en su organización.

En materia de competencias interpersonales, el Presidente también demostró instinto político. Además de mantener visible su liderazgo personal, Clinton también se esmeró en subrayar su

29 Séneca, 2007, p. 65.

30 Goleman, 2007, p. 364.

vertiente más cooperadora; de ahí que transmitiese la imagen de un Presidente que trabaja en equipo, rodeado por un grupo de sólidos profesionales (que representaban una mezcla idealizada entre juventud y experiencia) en pos de una meta común: servir más, y mejor, a la sociedad. Esa vocación de relacionarse con los demás se traducía también en la atención con la que el Presidente cultivaba las entrevistas, las ruedas de prensa y, sobre todo, el contacto directo con los ciudadanos. Sea en la mansión presidencial, o en un ayuntamiento, en un palacio de congresos o en sede diplomática, Clinton propendía claramente hacia el trato personal, mostrándose como un líder cercano y atento, receptivo siempre a las iniciativas, e inquietudes, de sus vecinos, de sus amigos. En su visión de la política, sus compatriotas eran inquilinos de la misma casa común, a cuyo sostenimiento todos deben colaborar; una ensoñación metafórica de calado en el liberalismo social estadounidense.

La prosecución de la excelencia se quiso proyectar a través del marketing político en la política de nombramientos de la Casa Blanca; el Presidente aparecía comprometido en fomentar una imagen de desarrollo técnico para su personal. A pesar de las dificultades, incluso de sus propias intromisiones y decisiones (algunas de ellas un tanto arbitrarias), resulta significativo que Clinton insistiese en conferir una traza de neutralidad ideológica a su Administración. Que lo consiguiera o no es otra historia, pero lo importante es el interés presidencial a la hora de definir y lograr la consecución de un objetivo tan cohesivo para el país. A Clinton le interesaba mostrarse como un líder que motivaba el desarrollo profesional de su personal, al mismo tiempo que se expandía el icono de un Presidente que trabajaba duro y bien, “en mangas de camisa”, plena-

mente integrado en la comunidad profesional que era el Ala Oeste.

“Two years ago, on another brilliant September day here at the White House, two men reached across one of history’s widest chasms with a simple handshake. That moment is etched forever in our memory. With the eyes of the world upon you, Mr. Prime Minister, you declared your wish to live side by side with the Palestinian people in dignity, in empathy, as human beings, as free men. And you, Mr. Chairman, vowed to wage what you called the most difficult battle of our lives, the battle for peace”³¹.

Clinton ejerció como un “manager” preparado para afrontar los desafíos de la nueva economía. Su capacidad de organización esculpió el frontispicio de la imagen mediática que destilaba el equipo presidencial. Se trataba de difundir la obra de un estadista que, en defensa del interés nacional, se convertía también en el mejor diplomático del país. Clinton aparecía como un líder eficiente a la hora de concitar eventos diplomáticos que fomentarían aproximaciones, consolidarían tratativas o asentarían procesos negociadores como el de paz en Oriente Medio (por ejemplo, los acuerdos, escenificados en los jardines de la Casa Blanca, entre la OLP de Arafat y el Gobierno israelí encabezado por Rabin). La proyección internacional de Clinton como estadista quedó plasmada en su ejercicio de la retórica política³². Y el perfeccionismo de uno (el Presidente) expresado como afán de superación para todos (la

31 Clinton, W. J. (1995, 28 de septiembre). *Remarks at the Signing Ceremony for the Israeli-Palestinian West Bank Accord*. Disponible en: American Presidency Project. Extraído el 7 de febrero de 2011 desde www.presidency.ucsb.edu/

32 Véase la obra editada por Rubinstein, Shayevich, y Zlotnikov, 1999.

sociedad): hasta el más mínimo asunto era abordado al detalle en el marketing político de Clinton; no existen asuntos menores, pues todos conciernen a personas, a compatriotas. La capacidad de organización y de negociación eran indicadores de los éxitos como “manager” de esa empresa colectiva llamada Gobierno federal... y de un gestor diligente cuya imagen usufructuaba Clinton. Una alegoría política, y un mensaje que iba más allá de lo puramente electoral. El país necesitaba reformas, y ello exigía de todas las partes tanto elasticidad a la hora de actuar como una sólida preparación. De ahí el énfasis que el Presidente imprimió en su discurso público sobre la necesaria coordinación, y buena disposición, para trabajar en equipo, desarrollándose así competencias transversales que, de manera individual, serían de más difícil cristalización. Además de buscar al mejor, ahora se recluta a un candidato formado, empático y dispuesto a trabajar con grupos heterogéneos al servicio de la organización social.

10. Conclusiones

Clinton diseñó su programa de gobierno como un compromiso general y una obra de servicio público. Las exigencias a la nueva Administración debían ser iguales o superiores a las de una compañía privada; los ciudadanos deberían ser tratados, y atendidos, con idéntico esmero como si fuesen clientes preferentes de una corporación ansiosa por expandirse en un mercado. La asignación previa, públicamente explicitada, de una serie de objetivos sociales configuraron el plan “managerial” de su Administración. Semejante correlación de metas exigía también un grado relevante de flexibilidad; de ahí que el Presidente incorporase a su marketing político elementos previsores de imponderables sobrevenidos. Par-

tículas como “en el caso de”, o “debemos prepararnos para”, eran habituales en sus discursos. Un estado de vigilia latente que permita extraer lo mejor de nosotros mismos, sin desdoro o merma para nuestra subyacente conciencia moral. Vivimos en un mundo de tinieblas, de acuerdo, asume Clinton, pero también existen luces y esperanzas a las que estamos impelidos a aferrarnos. En tanto actuemos como personas racionales –y morales–, necesitamos de nosotros mismos, de solidaridad y compromiso entre todos³³. El marketing político desempeña una función herramental –y sanadora– en el ámbito material de la vida pública. La comunicación entre nosotros impele a la toma de decisiones, al debate, al intercambio de opiniones, y a la libre circulación de ideas. He aquí el papel germinador que el marketing político, entiende Clinton, puede desplegar en el siglo XXI, a semejanza de lo que la Retórica debía haber acrecido en el Ochocientos, y la comunicación política en el siglo XX³⁴.

La suya era una Administración orientada al servicio. Los resultados pero también la satisfacción del ciudadano, fueron elementos decisivos en la construcción de su imagen mediática. Un líder eficiente debe ser capaz de incentivar

33 Para un desarrollo intelectual y práctico de sus ideas al respecto, véase Clinton, 2007.

34 Sin embargo, la idea tiene un recorrido en la Historia del pensamiento político. En pleno debate sobre la extensión del sufragio censitario en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX, la posición más abierta de Mill era ampliamente reconocida. Pero entre sus más exigentes críticos aparecía Stephen, cuya opinión contraria al sufragio universal se basaba, entre otras razones, en la inevitable deriva de mediocridad que –para la sociedad, para el país– supondría el acceso indiscriminado al voto. Resulta significativo que, al argumentar su posición, Stephen recurriese a un elemento hasta entonces indisputado en los debates intelectuales, como era el importante papel que la Retórica ejercía, además de arte del bien decir, también como soporte de ejemplaridad moral para todos. [El sufragio universal] “tends to invert what I should have regarded as the true and natural relation between wisdom and folly. I think that wise and good

—como exigencia moral— no sólo a sus acólitos, sino también al resto de la sociedad. De la motivación que logre entre sus conciudadanos dependerá su prestigio en el gobierno. De ahí que la cultura emprendedora tuviera en Clinton a un consumado practicante. El suyo constituyó un deseo inmarcesible de promover la movilidad social, el ascenso profesional; en definitiva, la excelencia por mor del interclasismo. Se trataba de implantar en la vida política convencional, los valores de innovación característicos de

sectores avanzados de la industria nacional (sobre todo, en el ámbito tecnológico). Además de servir como motor del desarrollo integral del país, también ejercían un papel de símbolo para la renovación y la modernización del conjunto de la sociedad a la que Clinton servía. La regeneración democrática, el progreso material y la política de valores como trasunto de la moral aplicada a la defensa del interés general. La libertad, fuerza empírica generadora de resultados para el conjunto de la sociedad.

men ought to rule those who are foolish and bad. To say that the sole function of the wise and good is to preach to their neighbours, and that everyone indiscriminately should be left to do what he likes, and should be provided with a rateable share of the sovereign power in the shape of a vote, an that the result of this will be the direction of power by wisdom, seems to me to be the wildest romance that ever got possession of any considerable number of minds", Stephen, 1993, p. 156. Lo maníqueo del argumento stepheniano apenas afectó a sus elitistas partidarios.

Bibliografía

- Bolingbroke, H. (1965). *The Idea of a Patriot King*. Indianapolis, Bobbs-Merrill.
- Clinton, WJ. (1992). *Putting People First: How We Can All Change America*. Three Rivers Edition.
- Clinton, WJ. (2004). *My Life*. Nueva York, Alfred A. Knopf.
- Clinton, WJ. (2005). *My Life: The Presidential Years*. Nueva York, Vintage.
- Clinton, WJ. (2007). *Giving: How Each of Us Can Change the World*. Nueva York, Alfred A. Knopf.
- Gartner, J. (2008). *In Search of Bill Clinton: A Psychological Biography*. Nueva York, St. Martin's Press.
- Goleman, D. (1996). *Inteligencia emocional*, Barcelona, Editorial Kairós.
- Goleman, D. (2007). *Inteligencia social. La nueva ciencia de las relaciones humanas*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Hamilton, N. (2004). *Bill Clinton: An American Journey*. Londres, Arrow.
- Hamilton, N. (2008). *Bill Clinton: Mastering the Presidency*. Nueva York, Public Affairs.
- Homero (2004). *Odisea*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Ketcham, R. (1984). *Presidents Above Party: The First American Presidency, 1789-1829*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Phillips, D.T. (2007). *The Clinton Charisma: A Legacy of Leadership*. Londres, Palgrave Macmillan.
- Rubinstein, A.Z.; Shayevich, A.; y Zlotnikov, B., editada por (1999). *The Clinton Foreign Policy Reader: Presidential Speeches With Commentary*. Armonk, M.E. Sharpe.
- Séneca, L. A. (2007). *Tratados morales*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe.
- Sichel, W. (1968). *Bolingbroke and His Times: The Sequel*, Nueva York, Haskell House Publishers.
- Stephen, J.F. (1993). *Liberty, Equality, Fraternity*, Indianapolis, Liberty Fund.
- Templar, R. (2005). *The rules of management: a definitive code for managerial success*, Harlow, Pearson Education Limited.
- Wolin, Sh. (2001). *Tocqueville Between Two Worlds: The Making of a Political and Theoretical Life*, Princeton, Princeton University Press.